

ANTONIO FERRES
GLORIA FERNÁNDEZ SÁNCHEZ

MADRID
REVISITADO

Madrid revisitado

Antonio Ferres, Gloria Fernández Sánchez

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorojolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17520-23-6

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2018 Gloria Fernández Sánchez, Antonio Ferres

© 2018 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

MADRID
REVISITADO

"No hallarás otra tierra ni otro mar.
La ciudad irá en ti siempre. Volverás
a las mismas calles. Y en los mismos suburbios llegará tu vejez;
Pues la ciudad siempre es la misma. Otras no busques. No la
hay."

Konstantino Kavafis

"Fui sobre agua edificada,
mis muros de fuego son:
ésta es mi insignia y mi blasón."

Lema de la villa en sus orígenes

"Yo nací en Madrid, pared por medio de donde puso Carlos V
la soberbia de Francia entre dos muros."

Lope de Vega, aludiendo a la captura y encierro por parte de
Carlos I de España del rey francés Francisco I.

"Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla,
como en una pesadilla abrumadora y violenta."

Mariano José de Larra

"Los primeros días no me pude alejar de la puerta del Sol
(...) Reúne a un tiempo las cualidades de un salón, un paseo,
un teatro, una academia, un jardín, una plaza de armas y un
mercado."

Edmundo D'Amicis, 1872

"Madrid, en verano, con dinero y sin familia, Baden-Baden."

Francisco Silvela

“Madrid es no tener nada y tenerlo todo.”

Ramón Gómez de la Serna

“Madrid lo hicieron entre Carlos III, Sabatini y un albañil de Jaén, que era el que se lo curraba.”

Francisco Umbral

“Me siento más madrileño que el alcalde de Madrid, porque los que han nacido en Madrid no han podido soñarla. Lo bueno es llegar con la boina y la maleta de cartón y, a los cinco minutos, ser ya de Madrid.”

Joaquín Sabina

“Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las estadísticas) ...”

Dámaso Alonso, “Insomnio”, en “Hijos de la ira”

“Madrid es una sucesión de cuesta y plaza.”

Corpus Barga

**“Allá donde se cruzan los caminos,
donde el mar no se puede concebir,
donde regresa siempre el fugitivo.
Pongamos que hablo de Madrid.”**

Joaquín Sabina

Tras regresar a Madrid, después de veinte años de vida profesional en demasiados países, comprendí cuánto había extrañado mi ciudad.

Íbamos a desayunar Alan, mi marido, y yo a la cafetería Nebraska, en Cuatro Caminos. Y allí observaba, con ojos de niña hambrienta, una tertulia, cuyo vórtice era el autor Antonio Ferres. No me atreví durante largo tiempo a acercarme. Hasta que un día, tras comprar un poemario suyo, tomé la decisión no sólo de pedir una dedicatoria, sino de sentarme en el velador donde se hablaba de asuntos maravillosos, de arte y de belleza.

Supe entonces cómo Antonio, tras su exilio en México y Estados Unidos, había sufrido esos placeres y conmociones, esos que sólo podrá entender quien ha echado de menos la sílice ardiente de su Ítaca.

Hace sólo unos meses de lo narrado, y ya no evoco cómo fueron las mundanas cosas antes de hacernos amigos. La idea de escribir un libro en común, uno de dos madrileños, de épocas bien diferentes, de un maestro y una desconocida, surgió, y ocupa ahora mis días y mis noches, en una amalgama de presente y pasado.

Todos los errores y tosquedades de esta obra son, por supuesto, míos. Todas las luces y el talento son, sin duda, de Antonio Ferres.

Gloria Fernández

JARDÍN BOTÁNICO

Fundado por Carlos III en 1781 para exhibir una colección de plantas exóticas, traídas de todas las esquinas de la tierra.

“Íbamos de pequeños a jugar al Botánico con la niñera, a la que, a veces, se sumaba mi madre. La cercanía de mi casa, esa protección del enrejado, lo convertían en lugar perfecto para los más chicos. Pero un día nadie pudo localizarme. Con sólo tres años, escapé hacia el portón al Museo del Prado. Mi madre llamó desesperada a los guardias que allí había, y se inició el vaciado del estanque, ante sus gritos y reconvenciones. Al poco me trajo un barrendero, que me encontró en la entrada de Murillo. Me estamparon tantos cachetes, que aún me ruge el dolor del frágil cuerpo. Corría el 1963.”

El jardín se asentó en la huerta de Migas Calientes (entre el Manzanares y el camino del Pardo), que acabó como vivero del Ayuntamiento de Madrid (hoy Parque de la Bombilla).

“Antonio me contó que, durante la guerra, vio cómo un obús decapitaba a un hombre. Aunque aún caminó unos pasos, porque el cerebro había dado ya las instrucciones precisas para el movimiento, mientras la cabeza caía al otro lado de la valla.”

“Recuerdo a don Julio Caro Baroja, sobrino de Pío Baroja y gran antropólogo, quien solía caminar por la Cuesta de Moyano. Residía en una casa señorial de Alfonso XII. Mi madre, conocedora de mucha gente, como sucedía entonces a los funcionarios,

siempre le saludaba. Él, apenas levantaba el mentón, respondiendo con un murmullo.

Otras veces le invadía el ánimo hablador y comentaba a mi madre sus costumbres: cómo pasaba el invierno en Madrid, ya que ahí disponía de calefacción, y el verano en Vera, creo sería Vera del Bidasoa. Solía ir en Semana Santa a Málaga, por estudiar las procesiones y los sentimientos de los devotos. También iba en Navidades, no recuerdo por qué otro motivo.

Compraba cada día varios libros y llevaba una vía muy metódica y ordenada, como su famoso tío. Cuando no cabían más en su casa, contrataba un taxi que los llevaba a su casa de Vera. Comía a media mañana uno o dos plátanos, que decía le tranquilizaban y estimulaban, al mismo tiempo. Y a la una bajaba por la Cuesta Moyano, al lado de su piso. Ahí caía siempre en tentaciones. Yo iba a veces detrás de él, para ver cuánto resistía hasta que abonaba el primer libro.

Se enfadaba al comentar mi madre el escaso hábito de lectura en España. Una ira interna, como contra él mismo, se desprendía de sus vivos ojos. ¡Con lo baratos que son! Apoyaba su tesis con ardor, mirando las librerías de viejo, que abundaban entonces.

Llamaba “albondigones” a los grupos de dos o tres libros enfundados en plástico, que lo libreros habían comenzado a proteger de la intemperie y del manoseo.

Dedicaba sábados y domingos a dibujar. Era una vieja pasión, o un hobby, como se decía entonces. Mi madre exponía entonces las bondades medicinales de la pintura.

Odiaba los teléfonos, sólo los usaba en casos de real emergencia. Mi madre también los detestaba, así que estaban de acuerdo de nuevo. El señor Caro la miraba como constatando la existencia de mujeres racionales en todo, lo que parecía calmarle. Mamá, a falta de otras potestades, se ofrecía a solucionar algún problema de apoderados y pensiones que él, o su familia, siempre tenían pendientes.

Si la conversación se aventuraba por el mundo de las plantas, ya que los niños nos criamos en el Jardín Botánico, don Julio describía a mi madre la joya de su casona de Vera: el libro de Botánica de Leonhart Fuchs.

Por la tarde se tomaba un café por allí. No creo que otra gente supiese quién era, ni nada de su ilustre familia.”

“En Ruiz de Alarcón 12, había vivido Pío Baroja. Huyó dos días después de producirse el golpe militar. Si algunos lo consideraron un traidor a la causa republicana, otros muchos no supieron colocarlo en bando alguno. Volvió discretamente a España en 1940.”

El *Hortus Conclusus*, a imagen del Edén, representa la felicidad perpetua, el huerto circundado por un muro, donde Virgen, Niño y ángeles viven en una calma y felicidad sin término. También se vincula con la tutela frente al mundo de las abadías medievales.

El Jardín, como símbolo de la naturaleza amaestrada, de la civilización.

Hay un poema, bellísimo, de Antonio Ferres, a este jardín bien amado:

JARDÍN BOTÁNICO

“Estoy
donde alcanzan ramas de árboles
de otros continentes

y hay labios en flor
en los granados

y carnívoras flores
cándidas y húmedas.

Estoy
en los narcisos amarillos

en las cúpulas moradas
de los árboles de Júpiter

y donde el taray
transparenta su humo
de verdes espejismos

donde digo Dios
y solo canta el mirlo
que devora sin más
tanta belleza.

Vengo de ese silencio
como muerte
pero del apego por la vida
soplo sin fin que llega
de vegetales que existieron
en el jardín primero
sin hojas ni raíces

fósiles enterrados
que han crecido hasta ser árboles
con flores y con vientos
hasta ser bosques
que asombran las batallas.

Poco aprendí de ti
-maestro Buda-
aún siento el agua
como sangre.
Siento el mundo y lo amo
como paisaje
que se pierde en la lontananza
con un sol que es flor
de tálamo distinto
al de este tiempo.

Estoy
para que exista un jardín
de plantas ordenadas

con especies y reinos

**con floridos senderos
de otro sueño.**

**De “La inmensa llanura no creada”, cortesía de la editorial
Endymion**

“Cuando fui a Upsala, Suecia, siendo una jovencita, lo primero que visité fue el hogar de Linneo, con su pequeño Jardín Botánico. Después llevé unas mínimas rosas a su tumba, con la nomenclatura binaria que él instauró (*Rosa Moscheta*). Estudiábamos las frases de elogio, de Rousseau: “Decidle que no conozco hombre más grande en la tierra”. Strindberg, el autor sueco, apodándole “El segundo Adán”. Antes de su orden “en especies y reinos”, como canta el poema, fue el caos.

Los maestros de ciencias nos hablaban de la importancia del siglo XVIII, del Enciclopedismo y las Luces. El Paseo del Prado es un enorme enclave de conocimiento y divulgación, apertura del saber a todos.

Una actividad digna de ser reseñada, fue la del organismo informador sobre las drogas terapéuticas procedentes de Ultramar. Competencia reclamada en ocasiones por los médicos del Real Jardín y, sobre todo, su papel administrador que sobre la quina ejercía la Corona española. Hasta Palacio llegaba la quina de Loja, de Quito o de Nueva Granada. Los boticarios de Cámara la separaban en tres clases, destinando la de primera a la atención de los reyes, regalos a cancillerías o altos dignatarios. La de segunda, a los hospitales reales y para otro funcionariado atendido por la Real Botica. Y la de tercera clase se destinaba a Beneficencia.

El Real Jardín Botánico madrileño se constituye, desde sus comienzos en el Soto de Migas Calientes (1755), como un centro ligado a la política científica y con vocación sanitaria. Si intendente era el protomédico, director, por tanto, de la Academia Médica Matritense. El subdirector fue José Hortega, boticario mayor de los ejércitos. Su primer catedrático, Quer, era cirujano militar.

Carlos III trasladó el centro, como dependencia, cerca del Hospital General (hoy museo Reina Sofía), para probar las medicinas en los pacientes.

JARDÍN BOTÁNICO

La densa vegetación
fija el trazado en compartimentos,
en arriates matemáticos,
como lo haría un bastidor teatral.

Un céfiro amable,
voz que encanta y susurra,
de reconfortante geometría.

La *Orangerie*, animada
por grupos de curiosos.

La *Orangerie*, del Siglo de las Luces,
es un templo, blanquísimo,
a lo exótico, a lo raro, a lo frágil.

La vida es un jardín imperfecto,
Montaigne susurra, entre las hojas
pequeñas, y mansas, que lo entienden,
y alzan sus nervaduras con orgullo.

De “Los jardines vencidos”, Gloria Fernández, edición
Diputación de Jaén, 2017.

“Cuando era niña venían muchos estudiantes, la entrada era gratuita, para copiar en álbumes flores y frutos. Aún los veo, sentados en taburetes, con acuarelas, lápices, tinta y paciencia. También se exigían en los colegios la elaboración de herbarios. Vi en una visita al edificio, dibujos, arduos y anatómicos, de Celestino Mutis. Las monjas nos llevaban a la **Orangerie**, no nos dejaban decir invernadero, debía expresarse casi todo en francés. Y, además, no son sinónimos perfectos.

Aquellas construcciones lujosas, como la del Botánico, eran acristaladas con el propósito de resguardar del invierno las naranjas y otros cítricos. En atmósferas aristocráticas se vestían allí mesas para banquetes, con esculturas y flores. Sin saberlo, nos comportábamos igual que los jóvenes del siglo XVIII. También “El Prado”, nadie decía “museo”, había sido un centro científico, antes de devenir la Pinacoteca Nacional.”

JARDÍN DE PINTORES

Pinceladas anchas, inconexas.
Hojas finas, de encaje tallado
por verme. Y gruesos frutos
de malsana y densa dulzura,
bajo caoba pulida como laca,
o un ciprés monolítico de jade.

Una luz se introduce, a través
de los austeros robles platino:
haz ajedrezado y sometido pronto.

Monedas luminosas por la grava se esparcen.

Las floraciones estudian matemáticas,
perspectiva de Giotto, catedralicios
relieves, nenúfares de Monet,
que se expanden desde el Amazonas.

Un brochazo fucsia de Renoir.

Los sépalos y nervaduras se perfilan,
como el arte libre del mundo,
cual dibujos exactos de Durero,
de precisión anatómica y fulgente.

De “Los jardines vencidos”.

“Muy cerca del Botánico, en una manifestación frente a la Sede de la Delegación Nacional de Sindicatos, fue detenido Antonio Ferres una vez, junto a Caballero Bonald, por una policía gris, de una tierra también gris.”

“Junto a las verjas campaban las prostitutas. Los niños escapábamos para echar un vistazo, sin saber bien qué hacían, sólo por el placer de contravenir lo prohibido. Se erguía allí un farol y, al pasar el sereno, gritaba: “A la sombra, a la sombra, que no se vea”. Una de ellas era coja. Subía por las mañanas renqueando mi calle, y la gente le saludaba: “Buenos días, doña Luisa”.

No era su nombre, sino un apodo. Porque alguien había observado el “Retrato de la familia de Carlos IV”, y descubierto que era un calco de la reina María Luisa de Parma. Así que exhibía un alias culto y goyesco. Se mezclaron pinturas negras con los pinceles palatinos y la diosa Afrodita, patrona de ambas mujeres, en aquel esquinazo de Madrid.”

“Otros padres firmaron una carta, un grito moralizante, ya que había muy cerca dos colegios y un Instituto, y exponían su temor de aquellos terribles ejemplos para sus hijos. Papá vino riendo con la respuesta del alcalde, o de quién fuese: “Si nos dicen ustedes a que otra calle las llevamos, las trasladaremos a todas”.

“Evoco a Salvador Dalí, creo que en la visita que hizo en 1969, siempre con Gala. Detrás de él se acumulaban los curiosos. Yo quise gastar una broma, porque mi instinto infantil indicaba que jugaba y fingía. Le tiré de la manga y se volvió, con unos ojos tan abiertos, y como amenazándome con el bastón, que hubiera debido asustarme. Pero sólo consiguió mi risa. Se dirigía al Prado y, a pesar de las molestias y empujones de la multitud, iba alargando su camino, para que lo adorasen sus acólitos. Era un gran bufón y un genio.”

“Asistimos a una fiesta preciosa en este jardín, celebrando el aniversario de un grupo de mimo, con casaca y peluca. Camareras y lacayos iban vestidas al modo dieciochesco (la describo

en una novela), usando el atrezo de una obra representada en el teatro Español. Las tartas se confeccionaron con frutas y vegetales, en forma de fresas, berenjenas, limones. La música de época. Aquella alegría de grandes y chicos, y los dulces, incrustaron en mi mente el siglo XVIII como centuria feliz y afortunada, que había dado paso a otro mundo.”

CUESTA DE MOYANO

“Cuántos libros habré comprado en la Cuesta, la del ministro de Fomento, una montaña sagrada que conducía al saber. No tenía más duros que las migas de escolar, y mis visitas se forjaron como trasiego continuo de ocasiones, novedades, obras descatalogadas, de hallazgos. A veces encontré también a mi padre, husmeando por allí. Me miraba, quiero creer, con orgullo. No me saludaba con besos, como era costumbre en cualquier otra ocasión, sino que se complacía en observar lo adulta que ya era y lo interesada en el conocimiento. A veces, sin mediar palabra, cogía mi pequeño bolso y echaba un billete de cien pesetas, para que estirase más mi compra. Yo tampoco emitía frase alguna de gratitud, era una farsa sobreentendida entre ambos.

La censura empezaba a aflojarse. **El amante de lady Chatterley**, de Lawrence, o **Lolita**, de Nabokov, ya estaban disponibles, así como las novelas de Henry Miller que, ciertamente, me dejaron atónita.

Jean Paul Sartre era el hombre comprometido, el intelectual de la época. Lamento, a pesar de todo, haber leído muy pronto alguna de sus obras, como **La náusea**, por el daño psicológico que me produjeron, con síntomas como depresión y angustia.

Sin embargo, obras como **El segundo sexo**, de su compañera Simone de Beauvoir, me animaron a no dejarme llevar por los estereotipos, de mujer sólo biología, apta para la servidumbre y reproducción que estaban pero que muy vigentes. Tras leer **La mística de la femineidad**, de Betty Friedan, aborrecí ya por completo las labores domésticas. Que había, y hay, que hacer, pero sin dar sentido a vida alguna.

Todavía ni existía el divorcio, ni se vislumbraba su posibilidad. Así que el miedo a casarme y a convivir con alguien indeseado, de por vida, me aterraba.

Las amistades en mi colegio, en la ya adolescencia, eran altamente respetadas, como parejas de novios. Sí, era un secreto grave, pero sólo ante los adultos que no lo hubiesen entendido. El centro se hallaba muy cerca, y era ritual que las dos amigas, las favoritas, las seleccionadas tras un ritual no menos elaborado que el de los amantes, llegara hasta el inicio del Retiro. Luego había que volver, se hacía tarde muy deprisa. La granada del crepúsculo, la penumbra, descendían velozmente, muy breves las horas tras las clases, dos, tres a lo sumo, que corrían a galope. Si alguna otra chica se hubiese interpuesto, habría sido amonestada por otras, siendo impensable la ruptura de esos instantes de pudor.

A nadie extrañaba ver a dos niñas, quizá hermanas, con el uniforme religioso y la Virgen bordada en el terciopelo del abrigo, ascendiendo la ladera. Ningún transeúnte hubiera pensado mal. Y, sin embargo, los diálogos que se sostenían eran subidos de tono, pueriles a veces, pero monstruosos por costumbre. Era el todo o la nada, el si no me quieres me suicido, cada gesto era analizado, las palabras menos, porque ya se intuía que el auténtico lenguaje era el corporal.

A veces sobrevenía el silencio hosco. Entonces apretábamos las manos, en un idioma subalterno, no menos expresivo. Recuerdo el sudor, frío o caliente, incómodo o muy buscado, siempre respetable ante las que cumplimentábamos el ceremonial.

Si una de ellas no me interesaba, se me irían los ojos tras los libros, que eran mi amor verdadero. A veces me encumbré como un Moisés, que divisa la zarza ardiente y las tablas. En otras ocasiones, harta ya y desentendida. Me dieron algún beso femenino, al llegar a la esquina y esperar el semáforo. O escapando a la pendiente del Instituto “Isabel la Católica”. Ahora se han olvidado, con esa generosidad de la memoria. Pero casi todas lo aceptamos e hicimos lo mismo, una minucia, pero inolvidable.

Supe en seguida, al año siguiente quizá, que los hombres eran lo que sí me gustaba. En cuanto uno me sacó en un baile, y se aproximó un poco, sólo unos centímetros, y sentí su aliento. Ya estaba vencida. Era, sin dudar un ápice, heterosexual.”

La Cuesta que conoció Antonio es la que describe su amigo, Luis Eduardo Zúñiga: “Los puestos siguieron abiertos durante toda la guerra. Si hubiera tenido dinero habría comprado cosas preciosas”.

Pese a los tiros y bombazos, muchos madrileños siguieron viviendo como si nada hubiera cambiado en su rutina diaria. Los primeros bombardeos que afectaron a esa zona de la ciudad tuvieron lugar en octubre del 36. Uno de los objetivos de los militares rebeldes era la cercana estación de Atocha.

Mucho antes de estas niñerías, confesó a Antonio su amigo, López Salinas sus ansias literarias.

CUESTA DE MOYANO AÑOS 50

“Una tarde, a la salida del trabajo, mientras bajábamos hacia la glorieta de Atocha por la Cuesta de Moyano...me leyó Armando (López Salinas) un cuento obrerista que había escrito.”

“(...) Como cuando miraba los libros viejos en la cuesta de Moyano: hojas ásperas, pastas y papel reseco, olor añejo a polvo, y el zumbido de alguna abeja que venía de los árboles del Retiro hasta los puestos.”

“La torre de Babel”, Cuentos completos, cortesía de la editorial Gadir

Sin duda, viene aquí a colación un poema loando esa amistad callada, fiel y enérgica de los libros.

BUSQUÉ

**Busqué un amigo gentil, un generoso amigo,
que en los momentos duros a mi lado estuviera.**

**Busqué amante gentil, un generoso amante,
que sostuviese el brazo al cruzar hondo túnel.**

**Busqué una flor gentil, una generosa flor,
y un libro-compañía para la noche-insomnio.**

De amigo, el desengaño, del amante, amargura.

La flor fue marchitada. El libro aún prevalece.

G.F.